

Individualismo y democracia. La paradoja de una era destrascendentalizada

Jorge Velázquez*

Bastión simbólico de la vanguardia que impone la cultura, el individualismo es una característica de las sociedades democráticas fin de siglo.

HELENA BÉJAR

La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarlo.

SCHUMPETER

1. La cuestión acerca de la democracia y el individualismo no pertenece a una época cerrada: por el contrario, ha evolucionado como un *continuum* ascendente que tiende a estrechar diversos niveles que generan las relaciones entre los intereses público y privado, y continúa siendo el eje de una reflexión que pretende establecer una *revalorización crítica* en torno a una contradicción fundamental que ha acompañado a todo el proceso de configuración de la modernidad. Nos referimos a la dificultad de conciliar, por un lado las actitudes que adoptamos con el fin de satisfacer los múltiples intereses y compromisos como individuos, y por el otro, un conjunto de problemas de la sociedad, los que

*Profesor e Investigador de la UAM-I

independientemente de la conciencia que mostremos hacia ellos, reclaman, para su solución o superación, acciones colectivas. En otras palabras, demandan un determinado comportamiento individual como producto de una *consideración objetiva* de los asuntos públicos.

De hecho, el despliegue de la modernidad se ha dado a partir de dicha consideración objetiva, es decir, de la conciencia de pertenecer a una determinada forma de sociabilidad, a partir de un referente o significante que, en términos de lo que se comprende como la trayectoria de la modernidad *adquiere un enorme grado de importancia* en la construcción y desarrollo de los Estados nacionales como el espacio privilegiado de la política.

El individualismo se ha elevado como uno de los principios fundantes de la modernidad. Hoy, en la medida en que dicho referente pierde su dimensión como principal significante en la constitución de identidades colectivas, presenciamos no sólo un proceso de "deconstrucción" del *sujeto*, también un nuevo tipo de individualismo caracterizado entre otras cosas, por su tendencia a cuestionar los parámetros óptimos de legitimación política y moral del poder en nuestras sociedades. Las actitudes individuales que marcan este fin de siglo deben entenderse y explicarse como una crítica a los valores de la modernidad, y a la dificultad que implica su materialización; además de la crítica a la idea de democracia —la más difundida— como un simple método de gobierno.

La democracia ha sido centralmente comprendida como un fenómeno político social que da origen y le es esencial a la modernidad (por un lado al renacimiento y, en otro nivel, a los conflictos religiosos en Europa durante los siglos XVI y XVII); por ello se identifica más con la configuración social, política, económica y cultural correspondiente a la intensificación y extensión industrial así como a la formación de los grandes centros

urbanos. La democracia es un imaginario político relativamente reciente, pues surge prácticamente como un elemento inherente a la sociedad de masas. Se caracteriza por su reclamo de nuevas perspectivas y canales de expresión y participación política. De esta manera, sólo ha sido hasta el surgimiento de este tipo de sociedad que se ha visto la necesidad de establecer mecanismos amplios y abiertos para el ejercicio del poder. La democracia entendida así es un fenómeno político propio de la contemporaneidad (Carlos Pereyra) y que tiene como punto de partida, la Revolución Francesa de 1789 (Alexis de Tocqueville).

2. La nota distintiva que sintetiza a cualquier tipo de aspiración democrática es la búsqueda de una cierta consolidación de la sociedad, y ésta es condición necesaria para la realización y asunción de cualquier forma de conciencia individual. Canalizar la contemporaneidad hacia un horizonte liberador consiste en revisar los ideales y valores de la modernidad de acuerdo a la realización de las utopías industriales y postindustriales. Es por esta razón que el individualismo contemporáneo en ciertos momentos se presenta como conciencia atada y endeudada a los ideales del Humanismo y la Ilustración, en la medida en que se sostiene el presupuesto de la conciencia de sí mismo, esto es, saberse libre, y por lo tanto la firme convicción del valor moral de la razón individual.

A pesar de existir una extraordinaria tradición teórica y filosófico-política esforzada hasta la obsesión en superar o suprimir la antítesis esencial que determina la historia real de la modernidad, hoy de nueva cuenta se deben asumir las tensiones que se producen en torno a la relación individuo-sociedad. En éstas radican las dificultades de realización de una cultura política fundada en los valores e ideales democráticos.

3. La tendencia que marca el fin del siglo conduce a los individuos a asumir conductas de desesperanza

frente a todo lo que representa el poder político público. Se puede decir que el comportamiento individualista ocurre hoy bajo una paradoja: por un lado los orígenes de la crisis económica hacia principios de la década de los setenta generaron nuevos espacios de tensión entre lo público y lo privado; y en vez de una mayor preocupación por las cuestiones públicas se observa un repliegue del individuo sobre sí mismo. Por otro lado, se presenta un vivo interés en México y otras latitudes del



mundo por los reclamos democráticos. Esto es, la necesidad de participación política de los individuos. El caso más elocuente de indiferencia de los individuos en las cuestiones de interés público es el alto índice de abstencionismo en los procesos electorales instituidos con el fin de permitir continuidad y/o cambio a un cierto tipo de gobierno.

4. El abstencionismo es hoy en día un caso ejemplar de cómo se generan las relaciones entre lo público y lo privado en nuestras sociedades.

La evolución que han tenido las formas de participación política ha implicado todo un proceso de institucionalización y formalización, hasta llegar a las actuales formas de representación política. El problema radica, a nuestro entender, en que se han inhibido o negado otras muchas posibilidades de lo político, mismas que tienen que sortear múltiples inconvenientes que van desde la marginación, la censura, el linchamiento ideológico, político y moral, hasta llegar a la represión. Las formas no institucionalizadas de la política son leídas por las formas actuales del poder como comportamientos no acordes a la racionalidad en tanto se supone que ya nos encontramos en una sociedad democrática, o bien que la estamos construyendo. Se niega la posibilidad de ejercitar otras vías de participación política que no respondan al conjunto de criterios establecidos para una competencia política de tipo electoral; o bien, no se reconoce el rebasamiento del *corpus* legal que sirve de marco para normar el comportamiento político. De esta forma, los movimientos político-sociales que se desarrollan en este fin de siglo, ocurren a partir de otra concepción de la política y adquieren cierto grado de extralegalidad, sobre todo por perseguir fines totalmente diferentes a aquellos simplemente formales e institucionales. A nuestro ver, la democracia pierde con esto su trascendencia pues redu-

ce e inhibe cualquier iniciativa o expresión política que no se ajuste a ese tipo de procesos.

Ahora bien, es necesario observar aquí que el llamado *reclamo democrático* ocurre en la mayoría de los casos, justamente por fuera de ese tipo de procesos. Esto es, dicho reclamo se presenta más como un conjunto de luchas y reivindicaciones tendientes a recuperar y ampliar los espacios de la sociedad civil, que como un proceso tendiente a fortalecer la legitimidad política y moral de las formas de poder público en vigencia.

5. La configuración actual de la sociedad civil implica así la necesidad de reformular la política desde esta perspectiva, en tanto que las luchas y formas de organización que se dan en su interior marcan también el conjunto de inquietudes que, si bien hoy se caracterizan principalmente por su surgimiento coyuntural, pueden adquirir en cierto momento una dimensión orgánica que propicie algún cambio político, social, económico y cultural de mayor significado o trascendencia; sobre todo si se llega a establecer una reconsideración sobre el papel que deben jugar los individuos, tanto en las luchas y nuevas formas de organización política como en la pretensión de construir un nuevo tipo de sociabilidad. Y es en razón de esto último por lo que la democracia, más que una polémica puesta en moda, es una preocupación central de nuestras sociedades y su futuro inmediato. Por ello la cuestión acerca de la democracia la debemos entender como una búsqueda permanente de redefiniciones e identidades, que ya no quieren ser volatilizadas frente a la dificultad práctica del pluralismo, como tampoco frente al pragmatismo autoritario.

6. El comportamiento actual de la sociedad civil implica las siguientes consideraciones:

a) La formación de un tipo diferente de tejido colectivo produce un sentimiento de pertenencia del individuo a un cierto grupo político o social; así confor-

ma una determinada identidad ético-política a través de la cual proyecta no sólo cierto tipo de demandas, aspiraciones, anhelos e incluso frustraciones, sino también una subjetividad que dentro del proyecto de la modernidad propone al Estado nación como el espacio privilegiado para la construcción de los procesos de identidad ético-política. El Estado pretende ser a su vez el único espacio posible de reconciliación de los conflictos surgidos a partir de los intereses privados.

La subjetividad con la cual hoy es vista la presencia del Estado nación, se encuentra gravada por una especie de intrascendencia, pues al parecer, este imaginario de la política, el Estado nación, pierde la fuerza de su trascendencia como espacio privilegiado en la gestación y formación de una determinada y amplia colectividad política. Estos tejidos colectivos señalan una particularidad doble: por un lado pretenden ser mecanismos de mediación entre el individuo, los aparatos de Estado y los excesos y desplantes despóticos del poder en turno; pueden ser determinados como espacios o instancias de resistencia, protección y seguridad, tanto de un cierto tipo de intereses particulares tradicionalmente considerados como sagrados (p.e. la propiedad privada) como de intereses colectivos (organizaciones ecologistas, organizaciones de defensa de los derechos, libertades y garantías individuales). La otra cara de esta particularidad es que los tejidos, a pesar de su importancia y el grado significativo de las consignas o demandas que enarbolan, difícilmente pueden actuar por sí solos. De ahí que tiendan a brincar a otro tipo de participación política de tipo tradicional, como lo muestra la actuación que tienen actualmente en la composición de los nuevos parlamentos o tipos de alianzas políticas. Lo importante aquí es su significativo reclamo de que se establezcan modificaciones sustanciales a los programas y estrategias de los organismos partidarios y al conjunto de leyes



vigentes que pueden ser violatorias de nuestros intereses fundamentales como sujetos políticos y sociales.

b) Nos encontramos con una visión de la política, y en general de todo lo que comprende la esfera de lo público, sustancialmente diferente de la promovida desde las instituciones o aparatos estatales y la intelectualidad orgánicamente relacionada con el Estado. Lo que cabe resaltar aquí es la tendencia de ruptura a toda forma de corporativización, y el reclamo a una mayor y auténtica autonomía individual y colectiva frente al Estado. No es casual que en el reclamo democrático se tenga como consigna y horizonte de reflexión política, tanto la capacidad de disentir como la pluralidad de intereses que cada individuo tiene al participar en sociedades complejas como las de masas. No es casual tampoco la

preocupación actual por la cuestión de la tolerancia política, como inicio de una reflexión que verse sobre la posibilidad de construir un nuevo orden político social, o al menos de reformar mínimamente al que nos rige.

7. La forma de expresión de los individuos muestra las diferentes actitudes dentro de la actividad política. De esta forma, plantear los problemas de la individualidad como reclamo de un "retorno al individuo", y por tanto, como tema recurrente de reflexión, permite establecer un conjunto de observaciones sobre los ideales que encierra el reclamo democrático.

El proyecto de la modernidad en términos históricos se ha desenvuelto a partir de una contradicción. Por un lado se pensó que el reconocimiento de la individualidad sólo podía ocurrir como el producto de

una determinada formación estatal; sin embargo, se le exige al individuo asumir conductas pasivas que tienen por referente actual la convocatoria para expresar nuestra preferencia política por algún individuo o proyecto de gobierno. Se nos hace creer que la política sólo es un asunto de y para los políticos. De esta forma, la política en la trayectoria de la modernidad se ha presentado como "una práctica pasiva que se ejerce por omisión, es decir, dejando que otros actúen en nuestro nombre". (Béjar; 1989: 46).

8. La importancia que adquiere la apatía o indiferencia política expresada a través de los altos índices de abstencionismo en México y en otras sociedades, incluidas las llamadas postindustriales, estriba en que cuestiona a la democracia desde su sustento principal, es decir: el consenso como la única vía y el mecanismo óptimo para la legitimidad política y moral del poder.

Las preguntas que se hacen quizá todos los interesados e involucrados en las contiendas electorales, es si el vacío de las urnas responde a una falta de información sobre las opciones políticas en juego, o si existen otras causas como la falta de perspectivas políticas dirigidas a los intereses individuales; la producción de una sobreinformación que genera despolitización, desencanto por la política, o bien, que formamos parte de una tradición cultural y política cuya tendencia continuará siendo la "indiferencia de las mayorías". Indiferencia como la condición necesaria para la existencia del autoritarismo, que en el caso de México emana principalmente de la figura presidencial. Por otro lado, esa indiferencia se erige como un elemento que influye en el deterioro de las instituciones políticas así como en la extrema impunidad y corrupción que en general caracteriza a los políticos mexicanos.

Las urnas vacías pueden reflejar también la poca credibilidad que tienen los individuos, por el hecho de

la posibilidad de que no se respete estrictamente el juego político que se establece en una contienda electoral y porque de alguna forma se sigue reproduciendo la visión dominante de la política, es decir, la marginación real de la que somos objeto al no formar parte de alguna élite de políticos. O en el caso de amplios sectores de nuestra sociedad que consideran que el derecho al voto no sirve para no morir de hambre. Y en una situación menos dramática, se piensa que el rito electoral en poco contribuye a mejorar las condiciones de bienestar de dichos sectores sociales, principalmente frente a las estrategias económicas propuestas o impuestas para superar la actual crisis económica. Estrategias que muestran a su vez algo sintomático pero propio del proyecto de modernización industrial: la incompatibilidad de dicho proyecto con el reclamo democrático.

Por ello, hoy en día padecemos una situación en la cual entran en crisis los valores e instituciones que se han forjado a través del llamado estado de derecho, lo cual nos provoca un sentimiento fuerte indignación porque nos obligan a aceptar algo que no queremos, al menos en la forma como se nos está imponiendo: "aceptar algo que se cree bueno y brillante, pero que el pueblo no lo quiere —aun cuando pueda expresarse que le guste cuando experimente sus resultados— es indicio inequívoco de fe antidemocrática". (Schumpter; 1983. 305, t. II).

9. A través del imaginario de la modernidad surgió una concepción filosófica en la cual se establecía que la libertad radica justamente en el reconocimiento de pertenencia a una determinada sociabilidad. Para decirlo con Rousseau, la conciencia del "yo", como ser histórico y social, me conduce al reconocimiento del "yo común". De acuerdo con esto último, el proceso de identidad ético-política que encierra la propuesta roussoniana implica una visión de la democracia, que si bien parte de

una específica racionalidad del nexo individuo-sociedad, no deja por ello de fundamentarse en un entusiasmo popular.

La crítica a Rousseau, así como la perspectiva democrática que encierra dicha propuesta política, ha sido cuestionada ininidad de veces en consideración a la creencia profunda de que la democracia no debe ir más allá del mero acto o rito electoral. El cual, cabe recordar, ha devenido de la votación pública y multitudinaria al voto secreto, entendido por lo común como un acto secular, en el cual el individuo realiza un libre examen de conciencia y, en forma privada, emite su voto.

El cuestionamiento a Rousseau se da de acuerdo a la condición paradójica que ha acompañado a toda la historia real de la modernidad. Tenemos así, por un lado, la obsesión de construir la subjetividad característica del imaginario de la modernidad y la busca de inclinar a los individuos hacia el fortalecimiento de las pasiones públicas, es decir, a reforzar el sentimiento de pertenencia a la colectividad representada por el Estado nación. Pero por otro lado se niega y se rechaza, por lo general con un fin deslegitimizador, todo acto de "entusiasmo popular" que rebase los estrechos marcos de lo institucional o formal. Lo interesante aquí pueden ser las diferentes lecturas de dicho entusiasmo; ejemplos de ello son: su rechazo por parte del poder; una especie de linchamiento y "confusión" teórico-política por parte de las corrientes liberales y conservadoras; y por último, una férrea política de parte de diversas concepciones democráticas y revolucionarias. Recuérdese tan sólo en esta última posibilidad, la lectura gramsciana del "entusiasmo popular": el "optimismo de la voluntad".

10. La poca concurrencia del voto hacia las urnas es también, de algún modo, producto de algo que comentamos arriba; la forma particular como los individuos consideran a la política, especialmente en los casos

de lucha electoral. Schumpeter dice: "el método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo" (Béjar: 343). y más adelante: "las riendas del gobierno deben ser entregadas a los individuos o equipos que disponen de un apoyo electoral más poderoso que los demás que entran en competencia" (Béjar: 348). Lo que salta a la vista es que Schumpeter fundamenta toda su argumentación con base en el principio genérico de la democracia política que consiste en la decisión mayoritaria. No obstante, continúa presentándonos una visión sumamente reduccionista acerca de la participación política: el pueblo —según esto— debe asumir un papel pasivo frente a la lucha electoral. En las formaciones estatales modernas se hace creer al pueblo que ya se le ha dado bastante con el derecho al voto. Un aspecto que difícilmente puede ser erradicado y que forma parte de las formas modernas de racionalidad política: la política sólo puede ser asunto de los políticos, es decir, de individuos especializados que se definen por conocer los diferentes niveles y juegos de todo el engranaje que mueve el poder público en nuestra sociedad.

11. Las contiendas electorales —como guerra civilizada de la lucha por el poder— son el escenario donde el político busca —de acuerdo a las reglas del juego establecidos para tal fin— ejercitar los mejores lados de su personalidad carismática (en caso de tenerla). También permiten determinar en momentos clave la forma como se encuentran determinadas, erosionadas, o fortalecidas las alianzas entre las diferentes facciones. La contienda electoral es un momento significativo de la política porque permite la composición o recomposición de las diferentes fuerzas político-sociales, a pesar de existir un pesado formalismo en el proceso.

Las opciones políticas a elegir (cada una de ellas representa una dirección o tendencia, producto de un enclave o coalición de élites políticas y de otros tipos: económicas, culturales, intelectuales, religiosas) muestran, en apariencia o de hecho, que ya todo se encuentra prácticamente decidido al margen de los votantes. En este punto la capacidad de elección encuentra su símil en el ámbito de la economía: la capacidad de elección del individuo le es ajena —poder racionalizar y ejercer su libertad—, se reduce a las opciones de compra en algún supermercado.

La apatía e indiferencia política es de esta manera expresión de rechazo a toda esta concepción de la política. Exagerando quizá, es válido decir que es una forma de resistencia por medio de la cual los individuos se niegan a ser considerados sólo como "carne de votación". Es una especie de censura o negación del poder que el político ejerce sobre los votantes al imponerle el voto como única forma de legitimación democrática del poder que ejerce.

12. En resumen: las formas institucionalizadas de participación política son, en gran parte, las causantes de que la libertad individual se muestre como el producto de un extrañamiento del individuo de los asuntos públicos. En otros términos: "la libertad de los modernos aleja a los individuos de los órganos públicos". (Béjar; 46-7).

Las actitudes individuales no son el producto de una cierta imposibilidad o dificultad de realización libertaria de la sociabilidad o de una crisis cultural que se caracteriza por el cuestionamiento crítico de los ideales que hemos heredado a través del itinerario real e imaginario de la modernidad, especialmente de los ideales forjados y formados al calor de los grandes movimientos políticos desarrollados durante el siglo XIX. La democracia es una de las mayores aspiraciones de ese siglo y es

en el siglo XX que ésta entra en crisis: el drama de queremos liberar del peso del pasado y de percibir el futuro como un horizonte poco deseado. En otro orden de cosas, el pesimismo individualista como producto de una situación patológica de lo social produce frustración y desencanto, o bien lleva a que los individuos se encierran en el "ámbito de lo íntimo", como única posibilidad de protección y refugio frente a las amenazas de prácticamente toda la vida social: la drogadicción, la corrupción política, la violencia callejera, o un eventual holocausto que podría ocurrir por una alteración ecológica o una guerra nuclear. A esto tenemos que sumar también el problema de la burocratización como uno de los espacios que inhibe cualquier interés por lo público. Las relaciones que se generan entre los individuos y las instituciones públicas se antojan como el producto de un conjunto de abstracciones en donde nadie es o nadie quiere asumir la responsabilidad de algo. No es casual que el signo de nuestra era sea el de la irresponsabilidad individual y colectiva, cuyo ejemplo más paradigmático se encuentra en la contaminación ambiental.

Además de todo esto, es necesario reconsiderar algo que ya visualizaba Alexis de Tocqueville, y de una forma más determinante Karl Marx. Nos referimos a la forma de producir la riqueza material, la forma de pensar la producción así como la adquisición. La existencia de la riqueza es de esta manera una de las causas más fuertes y profundas que generan las actitudes individuales y privadas: "con el tiempo los modernos pierden el interés por lo colectivo a la vez que desarrollan una cálida afección por los asuntos privados". (Béjar; 1988: 47).

Dicha afección se desplaza a partir de una paradoja. Albert Hirschman la reflexiona en *Interés Privado y Acción Pública*. De acuerdo con este autor, el nexo público-privado se presenta como una especie de ciclos de atracción en los cuales hay periodos de inclinada

tendencia hacia la participación pública, y otros que se caracterizan por una participación que se desinteresa de lo público y queda encerrada solamente en el interés privado o en el "ámbito privado". De esta forma, podríamos decir que después de 1968 entramos en un "ciclo" caracterizado por un repliegue hacia el individualismo. Pero un individualismo cercado, entre otras razones, por el embate neoconservador, del cual poco podemos decir aquí, principalmente por falta de espacio. El individualismo ha sido, más que una *acción* tendiente a crear una nueva dimensión de la justicia, la igualdad y la libertad, una *reacción* mediante la cual como individuos buscamos la tranquilidad, la intimidad, huir de cualquier conflicto o responsabilidad; la seguridad y el bienestar son exigencias propias de una época de crisis económica, reclamos en medio de un mar de mercancías y un mundo de fábricas. Por otro lado, vivimos en un ambiente de vacío, pues carecemos de fuerzas significantes que nos marquen pautas de trascendencia. Vivimos, —siguiendo a Hirschman— en torno a un ciclo de insatisfacción que se puede entender como una subjetividad de la sociabilidad en donde todos nuestros actos se encuentran grabados por lo efímero e intrascendente de la vida cotidiana.

Bibliografía

- Béjar, Helena, *El ámbito íntimo. Privacidad individualismo modernidad*, Alianza, Madrid, 1988.
- Friedman Milton y Friedman, Rose, *La libertad de elegir* Orbis, Barcelona, 1983.
- Galbraith, J. K, Wolfe, Alan, Mouffe, Chantal, *et al.*, "Crítica del neoconservadurismo", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Año XLIII/Vol. XLIII. Núm. extraordinario (E), 1981, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- González, J. M. y Quesada Fernando, *Teorías de la democracia*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- Habermas, J. *Historia crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Gustavo Gili, Barcelona, 1981.
- Hayek, Friederich, *Los fundamentos de la libertad*. Unión, Madrid, 1975.
- Hirschman, Albert O, *Interés privado y acción pública*. FCE, México, 1986.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Macpherson, C. B, *La teoría del individualismo posesivo*, Fontanella, Barcelona, 1982.
- Michels, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969.
- Popper, Karl, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 1982.
- Talmon, Jacob L., *Los orígenes de la democracia totalitaria*, Aguilar, México, 1956.
- Varios. "L'individualisme: Le grand retour", en *Megazine Littéraire*. Paris. Avril. 1989. Núm. 264.
- Varios, *El reclamo democrático*, Siglo XXI, México, 1988.
- Velázquez Delgado, Jorge. "Democracia y crisis de legitimidad en el capitalismo contemporáneo", en *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* de la UAM-I. Año 8. Núm. 15. Enero-junio de 1988. México.

